

La participación en el reino de Dios como vida nueva

La recapitulación de todas las gracias divinas es la instauración del reino de Dios y la participación del hombre en ese reino. Es cierto que la idea del reino de Dios no está en la predicación de los apóstoles tan en primer plano como en la doctrina de Jesús. "La expresión técnica es usada raras veces y suena formalista (*Act.* 1, 3, 6; 8, 12; 14, 22; 19, 8; 20, 25; 28, 23, 31). Sin embargo, toda la esperanza de la salvación se mueve en el ámbito de la espera del reino; pues la idea de la "basileia" no está sólo donde es expresamente mencionada, sino en todos los textos en que se habla de Cristo Jesús (*Act.* 2, 31; 3, 20; 4, 26-27; 5, 42; 7, 52; 8, 6; 9, 22), de su "parusía" (1, 11; 3, 20), de su resurrección de entre los muertos (4, 2), de la "apokatastasis" (3, 21), del juicio (10, 42), del día del Señor (2, 21), de la condenación y salvación (2, 40, 47; 3, 23; 4, 12). La nueva situación nacida de los días de Viernes Santo y Pascua explica que las cuestiones en torno a la persona de Jesús adquieran capital interés. La predicación del Apóstol no es un mero mensaje del reino de Dios (*Mt.* 1, 14-15; 4, 23; 9, 35; *Lc.* 8, 1; 16, 16), sino un evangelio del reino de Dios y del nombre de Jesucristo (*peri basileais ton theou kai tou onomatos I. Chr.*) (*Act.* 5, 42; 8, 35; 9, 22). En realidad en la situación en que se encuentran los apóstoles todo depende del reconocimiento de la persona de Jesús" (J. Gewiess, *Die urapostolische Heilsverkündigung nach der Apostelgeschichte*, Breslau 1939, 100).

Quien entra en el reino de Dios sufre una profunda *conversión*. La *conversión* pertenece a los conceptos capitales de la fe cristiana

y tiene un papel decisivo en la elaboración de una teoría teológica de las categorías. La palabra expresa procesos distintos de diversa profundidad; todos ellos están entre sí en íntima relación. La más decisiva conversión es la transubstanciación, la conversión esencial en la Eucaristía. La conversión más rica en consecuencias ocurrió en la Resurrección de Jesucristo. Una conversión de enorme importancia es la que ocurre cada vez que un hombre se dirige a Cristo en la fe. Paso a paso iremos descubriendo en qué consiste esta conversión. Indiquemos de pasada el hecho de que para no pocos hombres la última razón de rechazar la revelación cristiana es la falta de la conversión obrada por Cristo en la fe y a la vez exigida; se resisten a la transformación ontológica, a los esfuerzos ético-religiosos vinculados a ella, a la *conversión* misma, porque, cómodos y aburguesados, desearían permanecer siempre como son.

1. La existencia en el estado de gracia como existencia nueva

La conversión obrada por la entrada en el reino de Dios implica el hacerse distinto de quien se era antes, es decir: algo acaba en el hombre y empieza algo *nuevo*. Ese fin y ese empezar de nuevo es una participación del fin y comienzo ocurridos al entrar Jesucristo en la historia humana. La entrada en el reino de Dios no ocurre en un proceso extrahistórico, sino en el vivo tomar parte en la historia sagrada, en la historia de la salvación, determinada a la vez por su continuidad y discontinuidad.

Como ya hemos visto, según la *Sagrada Escritura* y los *Santos Padres*, con Cristo empieza una nueva época de la historia de la humanidad, sin que por eso se rompa ni se niegue la relación con las anteriores. Este doble aspecto está patente en el esquema de “promesa y cumplimiento” (cfr. § 143).

1. a) La nueva época había ya sido anunciada en el *Antiguo Testamento*, sobre todo, por Isaías y Jeremías. Dice Jeremías: “Vienen días, palabra de Yavé, en que yo haré una alianza nueva con la casa de Israel y la casa de Judá; no como la alianza que hice con sus padres cuando tomándolos de la mano los saqué de la tierra de Egipto; ellos quebrantaron mi alianza y yo los rechacé, palabra de Yavé. Esta será la alianza que yo haré con la casa de Israel en aquellos días, palabra de Yavé. Yo pondré mi ley en ellos y la escribiré en su corazón y seré su Dios y ellos serán mi

pueblo. No tendrán ya que enseñarse unos a otros ni exhortarse unos a otros diciendo: Conoced a Yavé, sino que todos me conocerán, desde los pequeños a los grandes, palabra de Yavé; porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados. Así dice Yavé: Yo he puesto al sol para que luzca de día; he puesto la luna y las estrellas para que luzcan de noche; el que conturba el mar y hace bramar sus olas tiene por nombre Yavé Sebaot. ¿Se romperán estas leyes ante mí? Palabra de Yavé. Entonces cesará la descendencia de Israel de ser ante mí un pueblo por siempre. Así dice Yavé: Si pueden medirse arriba los cielos y descubrirse abajo los fundamentos de la tierra, entonces repudiaré yo a toda la descendencia de Israel, por todo cuanto han hecho, palabra de Yavé. Vienen días, palabra de Yavé, en que será edificada para Yavé la ciudad, desde la torre de Janamel hasta la puerta del Angulo. Y serán de nuevo echadas las puertas para medir enfrente hasta la colina de Gareb, y dando vuelta después hacia Goa, todo el valle de los Cadáveres y de la Ceniza, y todos los campos, hasta el torrente de Cedrón, hasta la esquina de la puerta de los caballos, hasta Oriente, serán consagrados a Yavé y no serán ya jamás destruídos y devastados" (31, 31-40). Cfr. *Ez.* 36, 26. En *Isaías* dice Dios mismo: "que voy a hacer una obra nueva, que está ya comenzando; ¿no la veis?" (43, 19). Según *Joel*, el Espíritu, derramado plenamente sobre los hombres, les re-creará en casta y linaje nuevo (3, 1-2; 28 Setenta). Los nuevos hombres podrán cantar una canción nueva.

b) Lo que fué profetizado en el Antiguo Testamento fué cumplido por Cristo según el testimonio del *Nuevo Testamento*. El mismo es el *hombre nuevo*, que puso un nuevo principio en la historia humana. A consecuencia de su significación panhistórica fué renovada por El fundamentalmente toda la humanidad, que gracias a El logró fuerzas de juventud.

Cristo expresa este hecho con la expresión "vino nuevo" (*Mt.* 9, 17 y textos paralelos; cfr. J. Schmid, *Synopse*). Lagrange cree que esa expresión del Señor dió pie a la doctrina paulina de la renovación (*Comentario a Marcos* 2, 22). En la misma dirección apunta la expresión de Cristo "nueva alianza" (por ejemplo, *Mt.* 26, 28). Cfr. Z. Alszeghy, S. J., *Nova creatura. La nozione della grazia nei commenti medievali di S. Paolo* (Analecta Gregoriana), 1956.

Con especial fuerza predicó San Pablo que a través de Cristo toda la humanidad fué convertida en hombre nuevo. En la *II Cor.*

5, 17; *Eph.* 2, 10, 15; 4, 24; *Gal.* 6, 15; *Col.* 3, 3, la obra de Cristo es llamada nueva creación. Por Cristo fué liberada la creación de su envejecimiento y transfigurada en realidad nueva. La novedad obrada por Cristo tiene importancia panhistórica (según *Gal.* 6, 15) y significación cósmica. Por la fe en Cristo el creyente logra parte en el ser nuevo y perfecto del hombre y del mundo, en esa obra maestra del espíritu divino, convirtiéndose así él mismo en hombre nuevo. En la segunda *Epístola a los Corintios* escribe San Pablo: "De suerte que el que es de Cristo se ha hecho criatura nueva, y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo" (5, 17). Tal hombre tiene un espíritu nuevo (*Rom.* 7, 6); está elevado sobre todo envejecimiento; no tiene por qué desalentarse cuando el hombre exterior perece, y se corrompe, porque el hombre interior se renueva de día en día (*II Cor.* 4, 16). El hombre nuevo es portador de la imagen del Creador. Su novedad consiste justamente en ser una imagen, una auto-representación de Dios. El hombre nuevo creado por Cristo logrará su figura definitiva sólo después que termine el transcurso de la historia humana (*Col.* 3, 3). Las palabras del Apóstol tienen, pues, también significado escatológico; tienen origen en la idea apocalíptica de los judíos y son para San Pablo un medio apropiado para caracterizar la obra de Cristo.

También San Juan tiene a la vista la imagen definitiva del hombre nuevo cuando pone en boca de Cristo las palabras: he aquí que hago nuevas todas las cosas (*Apoc.* 21, 5). La nueva humanidad del futuro eón cantará un cántico nuevo (5, 9; 14, 3); quienes pertenezcan a ella llevarán un nombre nuevo (2, 17; 3, 12) y habitarán la nueva Jerusalén (3, 12; 21, 2).

2. Citemos algunas voces de la *época de los Santos Padres*. San Clemente de Alejandría dice "el Cristo perfecto, completo y —si así puede decirse—total no se divide. No es ni bárbaro, ni judío, ni griego, ni hombre, ni mujer, sino que es el hombre nuevo, totalmente transformado por el Espíritu" (*Protrepticus*, c. 11; cfr. *Strom.* I, 79). Casi lo mismo dice San Máximo confesor: "Hay que revestirse completamente del hombre nuevo, creado por el espíritu a imagen de Dios" (*Capitula theologica et oeconomica*, cent. 2, c. 27 [PG 90, 1137]). Según San Cirilo de Alejandría los extraviados hijos de los hombres sólo vuelven a encontrar el camino hacia el Padre celestial cuando se reúnen en un amor único, en el hombre nuevo, cuya cabeza es Cristo (por ejemplo, *Comentario al Salmo 45*, v. 17 [PG 69, 1945]), a *Is.* (PG 70, 1065, 1200);

a *Io.* (PG 74, 69). El secreto del hombre nuevo es, según él, el misterio de Cristo. El hombre nuevo crece bajo la influencia animadora del Espíritu de Dios hasta su forma total y perfecta, cuya medida permanece oculta en el secreto de Dios. Cfr. H. de Lubac, *Katholocismus als Gemeinschaft* (1943) 41-43, trad. de Urs von Balthasar. Cfr. Vol. II, § 143.

II. Lo nuevo como vida nueva.

La novedad es una renovación de la *vida*. La salvación en el reino de Dios es salvación de la muerte y vocación a la vida eterna (*Act.* 11, 18; 13, 46; 48). Más tarde veremos que se produce mediante un acto generador por parte de Dios y mediante el acto de renacer por parte de los hombres.

1. El hombre logra la nueva vida de juventud eterna y floreciente por el hecho de participar en la vida de Cristo glorificado; en esa participación de la inmutable fuerza vital de Jesucristo se llena el *anhelo de vida* que arde indestructiblemente en todos los hombres. El Señor glorificado es, pues, la respuesta al anhelo de vivir de todos los hombres de todos los tiempos. El más claro testimonio de este anhelo de vida en toda la literatura moderna es el de Nietzsche: su grito de vida no fué oído inmediatamente, pero en el umbral mismo del siglo XX nació un nuevo e inaudito activismo en todos los dominios: en la política y en la economía, en las artes, en la filosofía y hasta en la religión. A veces el espíritu fué considerado como enemigo de la vida (Klages).

En la actual filosofía existencial ha vuelto a ser ganado para amplios círculos el viejo hecho de revelación y experiencia de que la vida humana está amenazada de muerte, de que es un ser para la muerte, de que la mortalidad (*Todverfallenheit*) es el modo humano de vivir. En realidad ni la exaltación vitalista más grande puede velar el hecho de que nuestra existencia camina hacia una muerte inevitable y de que la muerte no sólo es el fin necesario, sino además el poder dominante y conformador de la vida; en la muerte se revela desnudo el modo de vivir del hombre; *media vita in morte sumus!* Dentro de la misma vida estamos rodeados de la muerte; aunque apartemos los ojos de la propia muerte y miremos a la vida del género, de la naturaleza de la familia, nos sale al paso la misma caducidad. San Gregorio Magno dice una

vez: “¡La vida temporal, en comparación con la vida eterna, más debe llamarse muerte que vida! Aunque nuestra disolución se alargue día a día, ¿qué es eso más que un morir prolongado?” (*Homilía 37; PG 76, 1275*). Este enunciado coincide con lo que la Sagrada Escritura dice de la vida natural de los hombres; también esta vida procede de Dios y es un valioso regalo de El. Pero su forma actual perecedera y angustiosa es una consecuencia del pecado. La vida en la realización ocasionada por el pecado más debe llamarse muerte que vida, por su caducidad, debilidad y pobreza. Más que vida real y propia es vida aparente; los hombres que no tienen más que esa vida son hombres fantasmales, parecen hombres sin serlo de veras (*Mt. 8, 22; Lc. 15, 24, 32; Col. 2, 13; Eph. 2, 1; 5, 14; I Tim. 5, 6; Apoc. 3, 1*).

2. Dios, en cambio, es verdaderamente la vida misma (*Vol. I, § 77*); es vida eterna, ya que su vida no sólo es imperecedera en el sentido de que no tiene principio ni fin, sino que es vida en plenitud suma, absoluta indestructibilidad y, por tanto, vida infinita. La vida de Dios es de distinta cualidad que la de los hombres; Dios es vida porque es luz y amor (*I Io. 1, 5; 4, 16*).

3. La vida de Dios se reveló, aunque veladamente, en Cristo, y el creyente puede verla y captarla (*I Io. 1, 2; Io. 1, 14*). Cristo en principio sólo tuvo un cuerpo mortal como los demás hombres, pues el Hijo de Dios se humilló y asumió nuestra débil y pecadora naturaleza (*I Pet. 4, 15; Rom. 8, 3; Phil. 2, 7*). Pero justamente al morir arrojó de sí todo lo mortal y perecedero; en la muerte venció a la muerte; su morir fué el principio de una vida nueva imperecedera e indestructible, pues en la muerte fué transformada su naturaleza mortal y perecedera de modo que se hizo capaz de recibir la gloria y fuerza de la vida divina. La palabra que Cristo dijo de Sí, según el Evangelio de San Juan: Yo soy la vida, la verdadera y propia vida (*Io. 14, 6*), vale en pleno sentido y primariamente de la Resurrección; desde entonces existió como hombre nuevo en pleno sentido; entonces sacó a luz la vida y la mutabilidad en su forma perfecta (*II Tim. 1, 10*). Cfr. § 152 y el Tratado de los Novísimos.

4. La vida de Cristo no estuvo separada de la vida de la humanidad (cfr. *Vol. II, §§ 104 y 154*). El es la cabeza de todo; su vida debe convertirse en vida de todos; El es iniciador y caudillo

de la nueva vida, formada en la resurrección (*Act.* 3, 15; *Hebr.* 2, 10). Para eso vino, para que todos tengan vida y la tengan en plenitud (*Io.* 3, 5; 10, 10). No se atribuye la vida a Sí mismo exclusivamente, sino a todos los que están unidos a El: yo vivo y vosotros vivís (*Io.* 14, 19).

Todo el Evangelio de San Juan se caracteriza, según esto, como Evangelio de la vida (20, 31). El mensaje de Jesucristo es, según San Pablo, la palabra de vida (3, 3-4; *Phil.* 2, 16), por cuya aceptación o no aceptación el hombre se salva o se condena. Cfr. los párrafos que siguen a continuación.

Los creyentes logran, según el Apóstol, una nueva vida en Dios mediante la participación en la muerte y resurrección de Cristo; tal vida es un vivir en el espíritu; y no es una nueva continuación de la existencia terrena. Toda vida terrena y propia del mundo actual termina con este eón. Es la vida en la corporalidad configurada y glorificada por el Espíritu Santo la que participa en la vida eterna de Dios mismo (cfr. *Mt.* 5, 2-10; 25, 34. 46; *Mc.* 12, 25).

Nos incorporamos a la vida eterna de Jesucristo en la fe y en los sacramentos de la fe. Quienes se incorporan a Cristo en la fe y en los sacramentos son aceptados por El e introducidos en su vida de gloria (*Io.* 3, 15-16; *Rom.* 3, 1-2; 6, 1-2); son transportados de la muerte a la vida. Esta vida es salud y salvación, porque es participación de la *seguridad existencial y plenitud de vida* del Padre celestial; quien no participa en ella permanece en la muerte, porque no conoce la verdadera vida. Quien no cree en Cristo está perdido, permanece en la ira de Dios, no llega a la luz, sino que se tiene que quedar en las tinieblas y en la vida aparente (*Io.* 3, 36; 5, 24; 6, 40, 47; 11, 25-26; 20, 31). Cfr. Fr. Mussner, *ZOH. Die Anschauung vom "Leben" in vierten Evangelium*, 1952 (Münchner Theol. St. I 5).

5. Los escritos de los *Padres Apostólicos* están traspasados como de un solo júbilo por el hecho de que los hombres han sido librados de la muerte y de la caducidad gracias a Jesucristo y han sido hechos partícipes de la vida eternamente joven; la "renovación" tan ensalzada por ellos es un rejuvenecimiento de la vida humana. Esta vida—revelada sin velo sólo en el futuro eón—está más allá de la experiencia sensible, pero tiene tanta realidad que la vida sellada con la muerte no puede compararse con ella dentro de los límites de nuestra experiencia. Esta vida verdadera nació en la

muerte de Cristo; así escribe San Ignacio de Antioquía, mirando ya de cara a la muerte del cuerpo (*Eph.* 7, 2). En la sangre de Jesucristo fuimos ganados para la vida del futuro eón, que ya no tiene ninguna muerte, que desarrollará en la muerte todo su esplendor y fuerza (*Eph.* 1, 1; 3, 2; 2, 2; *Magn.* 1, 2; 9, 2; 5, 1-2; cfr. *Doctrina de los Doce Apóstoles* 9, 2; la *Carta de Bernabé* 19, 8; *El Pastor Hermas*, mandamiento 8, 4, 9; comparaciones 9, 28, 6; figuras 4, 3, 5). Según el testimonio de los Padres Apostólicos los cristianos tenían conciencia de esa vida. ¿Qué tenéis que ver vosotros, vivientes, con los dioses muertos? (*II Epístola de Clemente de Roma a los Corintios*, cap. 3, sec. 1; cfr. 20, 5; 3, 1). Bultmann cree incluso que el término "vivientes" fué un nombre antiguo de los cristianos (*Kittels Wörterbuch zum NT II*, 838; cfr. Wl. Roslan, *Die Grundbegriffe der Gnade nach der Lehre der apostolischen Väter*, en "ThQ" 119 (1938), 200-25, 275-17), 470-503).

6. El servicio de la *Iglesia* al reinado de Dios es, pues, servicio a la vida; todo lo que ocurre en ella, la predicación de la palabra y la administración de sacramentos, los preceptos y los mandamientos, la oración y la obediencia están al servicio de la vida eterna. La acción de la Iglesia no conduce a limitar o empequeñecer la verdadera vida, sino que más bien está destinada a configurar la vida en plenitud. Del mismo modo que Cristo tuvo que morir en la cruz para ser libre de la vida perecedera y ganar la vida inmortal de la gracia divina, la vida natural de los cristianos debe ser transformada por la muerte y por su precursor, el dolor, para que pueda ser lograda la gloria de la vida inmortal de Cristo, infundida en ellos.

La *Escritura* da testimonio de que la Iglesia está al servicio de la vida eterna de los hombres cuando dice que la Iglesia es Iglesia del Dios vivo; en ella fluye la corriente de agua viva que procede de Dios, fuente de la vida (*Jer.* 2, 13) y desemboca en El (*Apoc.* 22, 1). En la Iglesia encuentran el hombre y el cosmos la vida eterna. Todo lo que ella incorpora a sí se hace vivo: la humanidad, los pueblos, los individuos y las relaciones mutuas dentro del matrimonio, de la familia y de los demás órdenes del ser y obrar del hombre. Pero también las cosas de este mundo: el agua se convierte dentro de ella en agua viva (*Io.* 4, 10) en el bautismo, el pan se hace pan vivo en la Eucaristía (*Io.* 6, 51, 58). Y del mismo modo el vino y el aceite se hacen portadores y me-

diadores de la vida eterna y de sus fuerzas salvadoras" (J. Pinski, *Aus Gott geboren*, en "Ich lebe un ihr lebet", 10).

En la *liturgia* de la Iglesia, en donde la comunidad del pueblo de Dios se presenta con la suma evidencia como comunidad con Cristo y que figura la vida celestial, se predica innumerables veces el mensaje de la vida; en la acción litúrgica la Iglesia se testifica a sí misma como administradora de la vida eterna. Puede verse, por ejemplo, la liturgia de la Misa, la bendición del agua bautismal, la administración de los sacramentos y, sobre todo, el rito del bautismo. Cuando en la liturgia se habla de la vida y de su eterna juventud siempre se alude a la vida eterna y celestial, de manera que tales textos pueden incluso aplicarse a los ancianos, en sentido biológico, sin dejar de ser verdaderos y sinceros (cfr., por ejemplo, el *Gradual de la Misa*). Cfr. §§ 174 y 175.

7. La vida nueva y eterna hecha accesible al hombre por Cristo debe ser ahora descrita *según cada uno de sus elementos*; son de *dos especies*: la vida divina implica un elemento personal y otro objetivo; ambos tienen, a su vez, distintos grados o estratos; el momento personal es unión con Cristo y también comunidad con el Padre celestial. Tal comunidad se define más concretamente como filiación divina y como amistad con Dios. El elemento objetivo implica la liberación del pecado (justificación) y la interna renovación y santificación del hombre (gracia santificante): semejanza a Cristo. El primero puede caracterizarse con la palabra *encuentro* y el segundo con la palabra *cualidad*, porque la vida divina en el hombre no se identifica adecuadamente con la gracia santificante, sino que ésta es más bien sólo un elemento parcial de la plenitud perfecta; por eso no puede, sin más, ser sustituida la expresión *vida divina* por la de *gracia santificante*.

El Concilio de Trento enumeró todas estas partes constitutivas de la existencia cristiana, pero con ocasión de los errores de la Reforma se fijó sobre todo en los elementos objetivos del estado de gracia.